

CARTA DEL OBISPO

AÑO NUEVO

**+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander**

¡Feliz año nuevo!. Este es el gozoso augurio que corre de boca en boca en el umbral de 2011, con los mejores deseos de felicidad, gracia y paz. Bienvenido sea el nuevo año como don y tarea, como regalo y compromiso. El año es la medida del tiempo. Quiero en esta carta semanal ofrecer unas reflexiones desde la fe sobre el *valor del tiempo* en clave cristiana.

El tiempo nos habla del “transcurrir” al cual está sujeto todo lo creado. El hombre es consciente de este transcurrir hecho de días, semanas, meses y años. En este fluir humano del tiempo se da siempre la tristeza de despedir un año viejo y, al mismo tiempo, la alegría de comenzar un año nuevo, abierto al futuro en esperanza.

En la Biblia el tiempo es contemplado siempre en referencia a Cristo como su centro. Por eso la historia se divide en dos grandes momentos: antes y después de Cristo. El calendario cristiano no cuenta los años desde un punto inicial –de la creación, como hace el calendario hebreo-, sino desde un punto central que es el nacimiento de Jesús. La venida de Cristo es el centro temporal de todos los acontecimientos.

Esta es la concepción cristiana del tiempo. No se trata de una convencionalidad histórica, sino de un criterio teológico: la venida de Cristo es el centro de la historia, que le da un significado y un valor salvador. El tiempo viene a ser así condición de posibilidad salvífica para la humanidad y para el cosmos. La historia universal, considerada en relación con la encarnación, deja de ser profana para convertirse en historia sagrada.

Con diferencia a otras religiones, en las que el tiempo se opone a Dios y a la salvación, en el cristianismo el tiempo es el medio a través del cual Dios se sirve para encarnarse y para revelar y regalar su gracia. Más que ser concebido en forma cíclica y repetitiva, en que la salvación sería el éxodo del tiempo, en el cristianismo el tiempo se expresa en forma lineal, para indicar que tiempo y salvación están destinados a encontrarse en la historia, que, por eso mismo, llega a ser historia de salvación.

En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la “plenitud de los tiempos” de la encarnación y sus términos en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno (cfr. Juan Pablo II, *TMA* 9).

En este ciclo de Navidad, damos la bienvenida al año 2011. Es el año del Señor. ¡Bienvenido, año nuevo!.